

Venid á la fronda que os brinda hospedaje
¡ Oh pájaros raudos de rico plumaje;
Los nidos aguardan; venid y cantad !
Cantad á la alondra que dijo al guerrero
El alba anunciando : ¡ Desnuda tu acero,
Despierta á los tuyos... Es hora... Marchad!

1895.

ODAS BREVES.

Á HIDALGO

Mil veces, Padre, en la nocturna calma,
Del encinar bajo la sombra fría,
Ó en los mares del Trópico, tu alma
Habló calladamente con la mía.
Y veces mil junto al rojizo fuego,
En la verde planicie y en el monte,
Como la sombra de Elphenor el griego
Te he visto descender del horizonte.
Á mí te acercas : hasta el cuello sube
Tu ropaje talar, blanco y sencillo ;
Con religioso sobresalto avanzo,
Asir la fimbria de tu veste alcanzo,
Y besando tu mano, me arrodillo.

¡ No, Padre, no ! La voluptuosa Musa
Que mis cantos eróticos inspira
Acobardada y trémula, rehusa
La pindárica lira.
Es ninfa alegre cuya breve planta
Huella los myrthos y el laurel en Creta,
Es parda alondra que amorosa canta
En el balcón abierto de Julieta.
Es la Musa del goce y de la vida ;
Su labio moja lúbrico falerno,
No es la Musa robusta de los bravos
Que apura, en las veladas del invierno,
El áspero licor de los esclavos.

Déjala, pues, en su Tibur dormida,
 Ó vagar, agitando el áureo tirso,
 En la marmórea desnudez helena ;
 Su voz, á los amores consagrada,
 Se eleva, como canto de sirena,
 Á los jónicos ritmos ajustada.

De Atenas y Hermes el secreto ignoro
 ¡ Pasa, Padre, de mí, tu cáliz de oro !

Yo sé bien que la excelsa poesía,
 Del encumbrado Olimpo guardadora,
 No ha prorrumpido en cantos seculares
 Dignos de resonar en tus altares :
 Dulces panales de estival colmena
 Son nuestros cantos, hálitos de flores ;
 Y nuestra inspiración, vana ó beoda,
 Sujeta siempre á femenil tarea,
 No sube á los espacios de la idea
 En las alas frementes de la Oda.

¡ Aún aguardas tu epopeya augusta,
 Aún esperas el buril gigante
 Que ha de trazar tu gran bajo relieve
 En las cimas eternas de la nieve,
 Y rebusca hervoroso el mar de Atlante
 Al bardo que traduzca sus rumores
 Y con ellos te cante !
 No te dimos piadosa sepultura
 En nuestros versos, cual á raudo Aquiles
 Pentélico sepulcro dió la Grecia ;
 Tu sombra corre tras ignoto Homero,
 Como la sombra del gallardo arquero
 En las cumbres nevadas de la Helvecia.

Pequeños somos para empresa tanta :
 ¡ Á la intacta cerviz de los volcanes
 Sólo sube el condor, y al viejo Olimpo,
 Por escala de montes, los titanes !
 Nuestra Musa, pueril y desmedrada,
 La débil Musa del placer y el llanto,
 Blandir no puede la terrible espada,
La alta espada del canto.

Sólo un poeta púgil, vigoroso,
 De nuestras grandes luchas viejo Alcides
 Que la corona de silvestre olivo
 Ganó bizarro, presentar merece
 En forma escultural que no perece
 Tu espíritu gigante redivivo.
 Sólo él, Patriarca á cuya tienda acuden
 Dispersas tribus con filiales dones,
 Puede pulsar la lira septicorde
 Á cuyo noble y entusiasta acordé
 En tropel se levantan los tritones.
 Es el poeta, ¡ oh Padre ! es el primero :
 ¡ Alma sonora de tu pueblo, Homero !
 Alce ya el canto secular y rompa
 En la cláusula ardiente de la guerra,
 Suene su voz como bronceína trompa
 Retumbando en las cuencas de la sierra.
 Infunda inspiración, vigor derrame,
 Haga hervir nuestra sangre generosa,
 Y los nobles espíritus inflame
 Desde la cruz del Sur hasta la Osa.
 ¡ Hiera, por fin, la tierra, el férreo paso
 De tu egregio Tirteo,

Y piafe encabritándose Pegaso,
Domado por Orfeo!

Nosotros, los efebos sonrientes,
Llevaremos cantando á tus altares
Los jonios myrthos y las rosas sueltas,
Como iban las canéforas esbeltas
Á los templos olímpicos de Ares.

Á UN AMIGO

Mientras exhalen su lascivo aroma
Los myrthos á Afrodita consagrados,
Mientras espume generoso vino
En áurea taza, y corra enardecida
La sangre por mis venas — ¡te lo juro! —
No dejaré jamás que en ocio grato
Repose el corazón. En vano quieres
Que del templo de Venus me desvíe
Y que á Hermes fecundo me consagre;
Filtro invencible mi vigor enerva,
Ajena voluntad mi pecho manda,
Y pues dueño no soy de mi albedrío,
Deja que en el retiro tiburiano
Abra todos mis poros al deseo,
Que yo, Felipe, como el gran pagano,
¡ Amo la forma y en la forma creo!

No son perpetuas las fragantes rosas
Ni es eterno el amor: pasan fugaces
Los juveniles ímpetus; rendido
Quedaré como púgil inexperto
Que en los ístmicos juegos se fatiga,
Y entonces, burla de la edad lozana,
Hurtándome las Gracias sus favores,
Miraré cómo esquivan mi ventana,
Con burlona sonrisa, los amores.

En tanto, amigo, que nerviosos puedan
 Mis brazos apretar, y mis pupilas
 Tengan á ratos resplandor de acero
 Y malicia de víboras; en tanto
 Que mis ruegos atiendan favorables,
 Las Cintias, Lydias, ó Gliceras, vano
 Tu consejo ha de ser: húmedo césped
 Tiende su alfombra en el retiro umbroso,
 El sol la sangre juvenil caldea,
 Zumban enamorados los insectos,
 Cisnes gallardos pensativos siguen
 Del lago azul en las dormidas linfas,
 Y, enfurecidos, á las blancas ninfas
 Los sátiros caprípedos persiguen!

*
**

¿Á quién la palma de hermosura toca
 Sino á ti, la gentil ninfa hechicera,
 En cuya fresca y purpurina boca
 Nace el perfume y el amor espera?
 Buscan tus labios revolando leves
 Las abejas del ática: tu frente
 Es predilecta de las jonias flores;
 Alza, al copiarte, erótico murmullo
 El arroyuelo que á tus pies resbala,
 Y de tu voz el celestial arrullo
 Al canto de las Piérides iguala.

De Apolo Smínteo las veloces flechas
 Puso el amor en tus serenos ojos;
 Atan las gracias tu virgínea zona,
 Nunca por mano de mortal tocada,
 Y Venus rubia envidia la corona
 Por tus trenzas negrísimas formada.

¡Á ti la palma, á ti la copa de ónix
 Y el Eros de marfil; á ti las vidas!
 ¡Á ti de Sycos las balantes greyes
 Y del Tirreno abismo los corales!
 ¡Á ti mi corazón! oh joven reina
 Amada de los dioses inmortales!

¿Reina no eres? Tu celeste encanto
Al propio olimpo su poder extiende,
Y de tus hombros torneados prende
Un invisible y majestuoso manto!

¡Oh de la dicha casta iniciadora!
¡Aquí en mi corazón tu sien reclina!
¡Oh numen del amor! ¡joven divina!
¡No partas en el carro de la Aurora!

Á LYDIA

¿Á cuántos engañaron tus promesas,
Oh Circe habilidosa? ¿Cuántos, dime,
Tus rojos labios de coral mordieron?
¿Cuántos de tus burlados amadores
Como propicias víctimas murieron?
Yo sé que todo cuanto dices, Lydia,
Es calculada red engañadora,
Que no hubo en el mundo más perfidia,
Ni mar, cerúlea ninfa, más traidora.

Pero disfrute yo de tus halagos,
Y sienta de tu boca estremecida
La caliente humedad cuando me besas,
Y mientan en buen hora tus promesas,
Aunque me cueste el despertar, la vida.

Á KÁMER

Versos rotundos de belleza antigua
Quisiera para ti: la griega lengua
Sobria y hermosa, y juvenil y fuerte,
Como la Diana Cazadora, fuera
La única digna de cantar tu gracia;
Por eso embebecido te contemplo,
Y mi canción, que tu beldad celebra,
Es como arroyo débil que se quiebra,
En las gradas de un templo!

En torno tuyo vagan los deseos,
Como abejas en torno de una rosa:
Tu mirada es el beso prometido,
Tu andar, es la cadencia silenciosa;
Cuando pasas, á labios y pupilas
En tumulto se asoman los amores
Para verte en silencio y admirarte,
Como al pasar el vencedor de Marte,
Salen los niños á arrojarle flores.

Y tú pasas ¡oh joven vencedora!
Terciado el arco en la marmórea espalda,
Mozos y viejos cantan tu hermosura
De pie sobre tu carro marfilino!
Mueven el aire sonoras palmas,
Y cuando llegas, cual si un Dios llegara,
Se arrodillan las almas.

Nada á tu gloria falta : ni poetas
Que halaguen blandamente tus oídos,
Ni el doliente gemir de los vencidos
Que á tu carro magnífico sujetas.

∴

Jamás la forma que el poeta admira
Tuvo más noble encarnación humana,
Ni con blando compás y jonia lira
Te pudo enaltecer musa pagana.

Todo palpita en tu presencia, diosa;
No divides tu imperio con ninguna,
Y reinas en las almas por hermosa
Muy más que por sus dádivas, Fortuna.

¿Quién huye de tus dardos? ¿Quién no quiere
Ser víctima en tus aras ofrecida?

¿Quién, á la muerte con tu amor, prefiere
Los efimeros goces de la vida?

Sed insaciable de hermosura lleva
Mi voluntad á ti; tu forma veo,
Y con espasmos de placer se abreva
En tu mórbido encanto mi deseo.

El alma entonces de placer expira,
La boca tiembla, el seno se levanta,
Tus ropas huyen... y la tierra gira
—¡ Oh Venus inmortal! — bajo tu planta...

Á UNA TIMIDA

Si no fuera tan breve
Esta que disfrutamos vida escasa,
Rogárate que en nieve
Trocaras ese fuego que te abrasa.

Mas son los inmortales
Muy avaros del tiempo : nos lo miden
Y en partes desiguales,
Para que alcance á todos, lo dividen.

Y como nadie sabe
Si parte larga ó corta le concierne,
Por miedo de que acabe
Su vida, á los placeres la discierne.

Goza, pues, sin recelo,
De tu verde mañana, que premiosa,
Sin que lo estorbe el cielo,
Vendrá después la muerte sigilosa.

Tus ímpetus no acorte
El miedo de pasar por casquivana,
Pues el que más te exhorte,
Como los otros, morirá mañana.

¿Qué los plácemes valen
Ni las censuras agrias, si los hombres,
Aun los que sobresalen,
Viven un poco menos que sus nombres?

¿ Ni cómo desconfías
De la bondad de Júpiter inmensa
Si, contados tus días,
No puedes inferir eterna ofensa ?

Por efimeros unos,
Por inmortales otros, su dictamen
Nunca hará que ningunos
Amantes, por seguirlo, no se amen.

Rabie iracundo el triste
Que sus favores disfrutar no puede :
Tú, vive cual viviste
Y al blando influjo de mi ruego cede.

¿ Qué nos importa el necio
Cuya envidia, rugiendo, nos amaga ?
Su cólera desprecio :
Prende, fulmina, y al brillar se apaga.

Á los dioses no insulta
Nuestro cariño : nunca su fiereza
Con suspicacia abulta
De los míseros hombres la flaqueza.

Con espíritu bravo
Sigue, pues, el camino de tu gloria,
Y ata, diosa, otro esclavo
Á tu fulgente carro de victoria.

*
**

Parad el vuelo, taciturnas horas,
Raudos venid, ¡ oh goces no sentidos !
¡ Aun el Falerno tiñe de escarlata
El cristal de las copas ! Aun sostengo
La jonia lira de brillante plata,
Y de la esquiva juventud ingrata
¡ La voladora túnica detengo !

Deshojemos los lirios. Todavía
El canto epitalámico resuena,
Escancia Ganimedes ambrosía
Y Cintia con sus brazos me encadena ;
Sus párpados no entorna soñoliento
El ávido placer ; fragantes rosas
Alfombran el marmóreo pavimento,
Y hay lechos de marfil para las diosas !
Deshojemos los lirios. Y mañana
Cuando llegue el invierno entumecido,
En sus pálidos brazos de lesbiana,
Encuéntreme sin fuerzas y dormido !

ÚLTIMA NECAT

¡Huyen los años como raudas naves!
¡rápidos huyen! Infecunda Parca
pálida espera. La salobre Estygia
calla dormida.

¡Voladores años!
¡Dado me fuera detener convulso,
horas fugaces, vuestra blanca veste!
Pasan las dichas y temblando llegan
mudos inviernos...

Las fragantes rosas
mustias se vuelvan, y el enhiesto cáliz
cae de la mano. Pensativa el alba
baja del monte. Los placeres todos
duermen rendidos...

En mis brazos flojos
Cintia descansa.

A UN TRISTE

¡Por qué de amor la barca voladora
con ágil mano detener no quieres,
y esquivo menosprecias los placeres
de Venus, la impasible vencedora?

Á no volver los años juveniles,
huyen como saetas disparadas
por mano de invisible Sagitario;
triste vejez, como ladrón nocturno,
sorpréndenos sin arma ni defensa,
y con la extremidad de su arma inmensa,
la copa del placer vuelca Saturno.

¡Aprovecha el minuto y el instante!
Hoy te ofrece rendida la hermosura
de sus hechizos el gentil tesoro,
y llámandote ufana en la espesura,
suelta Pomona sus cabellos de oro.

En la popa del barco empavesado
que navega veloz rumbo á Citeres,
de los amigos el clamor te nombra,
mientras, tendidas en la egipcia alfombra,
sus crótalos agitan las mujeres.

Deja, por fin, la solitaria playa,
y coronado de fragantes flores
descansa en la barquilla de las diosas!
¿Qué importa lo fugaz de los amores?
¡También expiran jóvenes las rosas!

A UNA ARTISTA

En vano busco la gentil guirnalda
que á mi frente ciñeron los Amores :
¡El tiempo la agostó! Mas, á tenerla,
súbito de mis manos la arrancara
é hincando la rodilla temblorosa
las flores de Corinto deshojara
en tu ancha copa de marfil ¡oh diosa!
¡Oh predilecta del divino Orfeo!
¡Oh reina de las brisas que susurran
en los délficos huertos! Para oírte
interrumpen los dioses sus banquetes,
calla suspenso el apolíneo coro,
y tu canto nupcial, en lira de oro
acompaña el gallardo Musagetes!
¿Quién á tu voz resiste, si encadenas
con vínculos de amor el albedrío?
Ulises para oír á las sirenas
atábase en el mástil del navío.
